

Aproximaciones a Pedro Páramo

ÁLVARO CARRIÓN

Resumen de la obra: El texto de Juan Rulfo, *Pedro Páramo*, se inicia, si buscamos relatar de forma lineal lo que allí sucede, con el trance de la vecindad de la muerte de la madre del protagonista de la obra. Ella le pide a su hijo que busque al padre de él, Pedro Páramo, al que él no conoce. La disposición del personaje es la de ofrecer todo a una madre agónica, cuyos pedidos se niega a rechazar; pero aquello que parece estar ausente en el relato, el tiempo, juega a favor de una serie de vicisitudes que se van hilando en la medida que el protagonista se enfrenta con lo inefable. No se registran, en el relato, referentes temporales que sitúen el contenido. El hijo de la malograda madre va a recibir un pesado encargo, más allá del tiempo. El mandato materno viene cargado de la gravedad de un imperativo ineludible: “No vayas a pedirle nada” y a continuación, “Exígele lo nuestro”. “Lo que estuvo obligado a darme y nunca me dio... El olvido en que nos tuvo, mi hijo, cóbraselo caro”.

Se sugiere, en el relato, que esta madre que ahora se encuentra en su hora postrera, siempre le transmitió al hijo su pesadumbre, su ira y su nostalgia. Pero en el tiempo, ese niño, que luego irá a buscar a quien su madre perdió y quien le adeuda algo que el hijo es el encargado de cobrar, es sólo el mensajero de aquello que su madre añora. Pero, sin embargo, no es así de forma cabal, ya que Juan es la sombra de lo que ella deseó con zozobra: ser tan amada como la San Juan, novia idealizada de Pedro Páramo. La nostalgia tiene forma de pensamiento y de mirada lejana y ausente. Juan es el remanente de aquello que más deseaba Doloritas, de aquello que Pedro volcó a raudales en Susana: su deseo. Doloritas tiene a un hijo que es Juan. Juan es para Doloritas el deseo de Pedro, pero Juan... Juan es, como todos, aquél que se esperaría que sea, pero, la verdad, no es más que aquél que está entre Doloritas y Pedro. Es por eso que, en sí mismo, Juan no es más que el hijo de Doloritas y Pedro.

Álvaro Carrión,
analista en formación
de Ecuador por
ILAP (Instituto
latinoamericano de
Psicoanálisis), participó
en el taller de escritura
de APG por vía virtual.
Aquí presentamos una
visión fresca y novedosa
de la novela más leída,
escrita por un mexicano:
Pedro Páramo,
de Juan Rulfo.

alvarocarriona@gmail.com

*Juan me llamo, Juan Todos, habitante
de la tierra, más bien su prisionero,
sombra vestida, polvo caminante,
el igual a los otros, Juan...

Sabemos qué espera Doloritas que haga Juan, pero, ¿qué busca Juan en su viaje? “Quisiera volver al lugar de donde vine”. ¿Qué lugar es ese? Se sabe que llegó a Comala desde algún sitio. Comala conjuga, como en un sueño, el lugar de donde sale, en el habitáculo de su madre embarazada,

retornando a su lugar de origen por encargo de su madre moribunda.

La voz de quien acompaña el relato, confunde, ya que algunas veces se torna la voz de otro que, desde el lejano tiempo, o, mejor, desde el ausente tiempo, se hace presente susurrando una experiencia vivida. Así, se puede vislumbrar a quien Pedro Paramo añora (Susana San Juan), en la juventud y en la intimidad de sus entrañas, como lugar al que se llega, oculto a las miradas. Curioso lugar en el que se encuentra Pedro, consigo mismo, en completa soledad y en contacto con sus afanes amorosos. Es a la vez la excusa para la demora en las tareas cotidianas y próximas, ya que Pedro no ha nacido para hacer lo que otros hacen, y menos lo que el padre espera que él haga. La mirada a la lluvia, el ver llover, es lo que también aleja al pequeño Pedro, Pedro Páramo, de lo más próximo y le abre un horizonte más allá de la inmediatez. Esto que hace que la abuela lo mire con ojos insondables como avizorando el arcano que agita la pequeña alma de su nieto.

En un tiempo que es otro de aquel, el pasado y el futuro se desvanecen y se sobreponen.

Bien podríamos pensar en un Juan abocado a las terrenas ocupaciones:

Sólo mi mano para cada cosa
mover la rueda, hallar hondos metales
mi servidora para asir la rosa
y hacer girar las llaves terrenales.

Bien podríamos pensarlo como poseedor de su exigua y rica hacienda, en la libre posesión de sí:

Mi propiedad labrada en pleno cielo
un gran lote de nubes era mío
me pagaba en azul, en paz, en vuelo
y ese cielo en añicos: el rocío.

Mi hacienda era el espacio sin linderos
oh territorio azul siempre sembrado
de maizales cargados de luceros
y el rebaño de nubes, mi ganado.

Labradores los pájaros; el día
mi granero de par en par abierto
con mieses y naranjas de alegría,
maduraba el poniente como un huerto.

El viaje a pie a Comala, el pueblo del que salió la madre y en el que vive el buscado Pedro Páramo, el padre. El trayecto está signado por el agotado horizonte. Se camina por tierras mustias, en compañía de un arriero al que hace compañía el protagonista y es acompañado por él. Da la casualidad que el arriero es también hijo de Pedro Páramo, y ambos van camino a Comala. Para el protagonista, Pedro Páramo es el marido de su madre, a quien tiene que exigir algo. Para el arriero, como hijo, es: "un rencor vivo". Se habla de él, al inicio del texto, como de un personaje vivo, pero el tal Pedro parece haber muerto hace muchos años.

Abundio, el arriero, es una suerte de Caronte. Ayuda a Juan a pasar al mundo de los muertos, comunica el más acá con el más allá, por un camino donde se empobrece el paisaje y se torna lacio. Camino y lugar que es equivalente al- haberlo-perdido-todo. Lo que evoca otras pérdidas fabulosas como aquellas que hacen al destino Latinoamericano:

Mercaderes de espejos, cazadores
de ángeles llegaron con su espada
y, a cambio de mi hacienda -mar de flores
me dieron abalorios, humo, nada...

Los verdugos de cisnes, monederos
falsos de las palabras, enlutados,
saquearon mis trojes de luceros,
escombros hoy de luna congelados.

Perdí mi granja azul, perdí la altura
-reses de nubes, luz recién sembrada-
¡toda una celestial agricultura
en el vacío espacio sepultada!

Del oro del poniente perdí el plano
-Juan es mi Nombre, Juan desposeído-
En lugar del rocío hallé el gusano
¡un tesoro de siglos he perdido!

Al llegar a Comala, los dos viandantes se separan sin casi percibirlo. Falta aquél anuncio de: “Aquel que entre aquí... Pierda toda esperanza”. El Arriero da su nombre por pedido de su compañero de viaje. Se llama Abundio y está dispuesto a recibirlo en su morada, si éste lo desea. Ahora nos enteramos de su nombre, pero el nombre del protagonista está ausente. Sabemos solamente que es hijo de Pedro Paramo, y, mucho después, que su gracia es Juan Preciado.

Abundio vive más allá de Comala, allí donde se da la “trabazón de los cerros”. En Comala el arriero Abundio informa a su compañero de viaje de la muerte de Pedro Páramo. En una actitud letárgica, Juan recibe la noticia. No hay sorpresas, no hay...:

**Ya está muerto,
Nos ha dejado;
Verde alfombra de césped
lo ha sepultado,
y a sus pies una losa
de mármol blanco

O, quien sabe:

¿Y no volverá otra vez?
¿Y otra vez no volverá?
No, no, porque ya está muerto
En su sepulcro de piedra
Y nunca más volverá
Su barba era cual la nieve;
Su cabello como el lino.
Se ha marchado, se ha marchado;

Son vanos nuestros suspiros.
¡Dios se apiade de su alma!

A pedido de Juan, le dice Abundio quién puede recibirle en Comala: una tal Eduviges Dyada, conocida del arriero. Ella resulta haber sido amiga, de chiquilina, de la madre del recién llegado. De inicio hay algo que liga al visitante con la geografía que visita. Tiene un compañero de viaje que resulta ser su medio hermano, a la vez que encuentra una mujer que dice que pudo haber sido su madre y que fue muy cercana, más allá de lo inimaginable, a la madre del forastero. Es la madre la que acompaña a Juan en un constante desplazamiento, presente en figuras femeninas, con una voz que se escucha más y más cerca en el destino de Juan. En el ínterin entre la separación de Abundio y el encuentro con Eduviges, hay un encuentro un tanto siniestro con una mujer que lleva reboso. Esta mujer es, a todas luces, una suerte de aparición espectral. Cosa que en lo posterior será una constante, el de las apariciones fantasmagóricas, en la visita de Juan a Comala.

Se ve que todo este inicio es como una suerte de espiral, donde los acontecimientos llevan al protagonista en una dirección donde todo va encontrando lugar, donde todo engrana para llegar a un punto que está situado en el centro, sin otra opción: no hay perdón para las almas corrompidas. El camino singular del protagonista se va tornando en el universo, en el desequilibrio cósmico en el que gira, donde vida y muerte se entretajan sin orden, cruzándose y entrecruzándose.

Las historias y personajes que habitan Comala, en un tiempo que los adscribe a lo muerto, son, a la vez, el testimonio de la vida que se niega a desaparecer, pero vida despojada de horizonte, y, sobre todo, de un más allá donde se brinde reposo, sosiego, tornándose un dantesco vagar:

*Es sólo un peso azul lo que ha quedado
Sobre mis hombros, cúpula de hielo...
Soy Juan y nada más, el desolado
Herido universal, soy Juan sin Cielo

Esbozo interpretativo

Hay algo que no puede morir en la proximidad de la muerte de Doloritas. Algo que es la fuente de la vida misma, que se rehúsa a ser nada. Algo de lo que pide Doloritas a su hijo, tiene que ver con la deuda de un padre que no da aquello que ha quedado reservado para quien no lo desea. El abandono es al mismo tiempo espera, espera de lo que da sustento a la relación amorosa. Es eso lo que pide la madre.

El hijo de Pedro Páramo es principalmente el hijo de Doloritas, es nombrado Juan en la obra, pero en realidad es designado Preciado en tanto hay entre él y sus padres un lugar de filiación excéntrico a ellos. Hay un nombre propio, que queda atrapado en: el hijo de... como fruto contingente de una ominosa y azarosa madrugada de bodas. De Preciado, sólo el apellido. Podría también haberse apellidado: Favorecido, haciendo honor a la etimología del nombre Juan (*iojanan* (יִוְחָן)), que significa "Jehová favoreció". Juan no tuvo padre ni madre, o los perdió. Se siente solo y aterrado. Escucha murmullos que le asustan hasta el pavor, y sin la necesidad del aviso, en la entrada del infierno, pierde la ilusión, lo que le lleva a buscar, a querer encontrar la querencia, el pueblo, la llanura, donde se ventila la vida como si fuera un murmullo, donde se quisiera vivir para la eternidad; donde se vivirá la ilusión de su madre.

El deseo que inviste la memoria es el que da vida a la muerte. El hijo de Pedro y Doloritas es el que busca (Ilusión), algo que su madre espera que encuentre, pero que no le es dado encontrar, ya que es sólo un instante que se difumina. Es como buscar el presente en el mañana, cuando el presente es siempre tal y el mañana algo por venir.

Juan es quien busca arrebatar algo de vida a la muerte, a aquello que ha quedado des-investido y que espera encontrar como propio lugar en un ámbito que libidinalmente fue investido por su madre. Un lugar en lo ausente y extraño, sólo presente en el imaginario materno, que viene a poblar de susurros presentes, de una historia contada quien sabe mil veces y de mil formas. Pero al ser un advenedizo, recrea en la condición de tal su falta de lugar, su falta de tiempo. Su pensar no es ya existir, es memoria que se debilita y se consume.

*Es sólo un peso azul lo que ha
quedado
Sobre mis hombros, cúpula de
hielo...
Soy Juan y nada más, el desolado
Herido universal, soy Juan sin Cielo

*Intercalación de estrofas de Jorge Carrera Andrade, del poema "Juan sin Cielo", del poemario *Aquí Yace la Espuma*, de 1948-1950. Ese texto, y otros de Carrera Andrade se encuentran compilados en una publicación de la Casa de la Cultura Ecuatoriana Benjamin Carrión, del año 1958. En cuanto al poema que está al final de la página 3 e

***Hamlet*. Acto Cuarto, escena V, pp. 1381 y 1884, *Obras completas de William Shakespeare*, Madrid, Editorial Aguilar, 1951.